



## LA ESTRUCTURA SOCIAL

berlo, púsose a glosar la sentencia del Corán: «¿Has visto cómo Nuestro Señor misericordioso extiende a tu alrededor la sombra?»

A poco, el ventero le sacó de su somnoliento reposo trayéndole el plato apetecido. Pero, ¡qué plato, Dios mío! Era aquél más bien un barreño, un enorme cono truncado de barro, colmado de un líquido grasiento, rojizo, en que sobrenadaban cortezas de pan amorfas y de desusadas dimensiones. Grande debía ser el apetito del cazador cuando se determinó a tomar la primera cucharada. Pero apenas la hubo probado, tuvo que desistir, lleno de repugnancia.

—Amigo, no quiero más —dijo, dirigiéndose al ventero, que permanecía en pie ante él—. Llévase usted las sopas.

El ventero se abalanzó entonces sobre la escopeta que nuestro hombre había dejado en un rincón, y encañonándole con ella, le intimó con voz imponente:

—O se come usted ahora mismo todas las sopas, o le salto la tapa de los sesos.

¡Qué hacer ante aquella actitud! El condenado se resignó con su suerte, y consumió, dominando su repugnancia, la ración terrible.

Cuando el sacrificio se consumió, el ventero depuso el arma, y ofreciéndosela al viajero, no sin descargarla, díjole risueño:

—Compadre, buen provecho y sirva de salud. Pero otra vez aprenda a no dejar el arma de la mano.

Otras muchas lecciones había que aprender en las ventas, donde todavía son de provecho.

Puesto que estamos de cuento, referiremos, para terminar, otro suceso que el que esto escribe escuchó en Santa María de Tras Sierra cierta noche que pernoctó allí, en compañía del geólogo don Eduardo Hernández Pacheco.

Erase que se era otra venta perdida en un camino muerto de la sierra, allá por la región donde se juntan, en un maravilloso efecto legendario, los nombres de la Cuesta de la Traición, de la Garganta de la Espada y del Castillo de la Mano de Hierro.

De tarde en tarde acertaba a parar ante ella un caminante extraviado. ¡Ay de él si, apeándose, penetraba en el interior, dejando el caballo a la puerta! Los famélicos perros del ventero estaban amaestrados para desvalijarle y sabían sacar de las alforjas los víveres de repuesto que, por ventura, llevara, hurtándolos para sus dueños.

Mas he aquí que un día Dios dispuso de la vida del ventero, librándole del hambre crónico que padecía. La compañera de

su miserable vida le tendió en el lecho único de la venta y se dispuso a aguardar, solitaria, la mañana, en que subirían a buscar el cuerpo muerto para darle tierra.

De improviso, apenas había comenzado la espera, acierta a parar, pidiendo posada, un viajero, acaso un buscador de yacimientos mineros o de tesoros escondidos de los moros. La ventera, sin inmutarse, admite al huésped, haciéndose cargo en el acto de la situación y dispuesta a no perder la rara ganancia. Sola y callada, alzó el cadáver de su esposo y lo escondió bajo el lecho, bien oculto por la colcha colgante. Instantes después el viajero se acostaba y dormía de una vez la larga noche de otoño, mientras el cadáver se descomponía abajo. De mañana, cuando el buscador de metales hubo desaparecido, la ventera volvió el muerto al lecho y aguardó, esta vez sin novedad, la hora del entierro.

Pacheco y el que esto escribe nos levantamos en silencio, y al hallarnos en nuestra habitación, que era, por cierto, amplia y limpia, sin ponernos de acuerdo, coincidimos en el movimiento de echar un vistazo bajo la cama.

\* \* \*

Pero, en definitiva, las cinco condiciones demográficas del campo andaluz que hemos puntualizado antes sólo ponen la ocasión, la fácil ocasión, en la delincuencia.

La impulsión a la delincuencia bandolera la da la propia constitución social del país en sus características principales:

a) La gran propiedad territorial, el latifundismo, bien en la forma del latifundio que llamaremos «continuo», bien en la del que, por oposición con el anterior, tenemos que llamar, naturalmente, «discontinuo».

b) La ausencia casi total de clases medias; y

c) por el contrario, la de grandes masas de proletariado agrícola total o casi totalmente desarraigadas, desposeídas de tierra, viviendo, si no intercaladas con la aristocracia territorial, al lado y a la vista de ella, con el espectáculo de su poder, su ociosidad y su riqueza, y padeciendo el hambre y la injusticia, que lanzan a la rebelión a las almas de cierto temple, o, por el contrario, que aprovechan los que aguardan y confían en la impunidad lograda de los poderosos fácilmente, sirviendo a sus intereses.

■ C. B. Q.